

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, *porque ninguna cosa es imposible para Dios.*» Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue.

CRISTO EN MI CORAZÓN

4º domingo de Adviento

Con la cuarta semana de Adviento estamos muy cerca de la Navidad. La lectura del evangelio nos pone en camino hacia el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. La Navidad es una fiesta mística, una fiesta de la quietud. Por eso se necesitan también ritos personales que en Navidad pueda realizar solo para mí. Si me limito a estar con los demás, me faltará algo esencial de la Navidad. Necesito también la quietud y la soledad para entrever el nacimiento de Jesucristo en mi corazón.

Para mí hay un gesto que resulta adecuado para este cuarto domingo de Adviento sería el siguiente: poner las manos cruzadas la una sobre la otra sobre el centro del pecho. Seguramente este gesto fue repetido muchas veces por María desde el momento en el que Dios entró en su vida. Este es el gesto de cerrar la puerta y proteger lo que María llevaba dentro, que fue al Salvador. Hagamos este gesto como aquel que cierra la puerta en un momento de su vida a los ruidos exteriores y quiere entrar en su interior para proteger la semilla que Dios ha puesto en su vida.



*Que me agarre a ti inseparablemente,
que te adore incansablemente,
que te sirva perseverantemente,
que te busque constantemente,
que te halle gozosamente,
que te posea eternamente.*

*Con estas palabras, alma mía,
pide fervientemente
a Dios que te encienda, que te inflame
y que te haga arder completamente
en deseos de Él.*